

## EL DOCTOR JUAN F. TAMARGO

Cuando llegué a Matanzas en 1918, aparte del sanatorio de la Colonia Española había solamente una clínica en esa ciudad, la del doctor Juan F. Tamargo. Esta clínica estaba instalada en el antiguo edificio de dos plantas que ocupó el Banco Español, situado en la calle de Tello Lamar esquina a Jovellanos. Podría considerarse, para su época, como una clínica amplia y bien instalada.

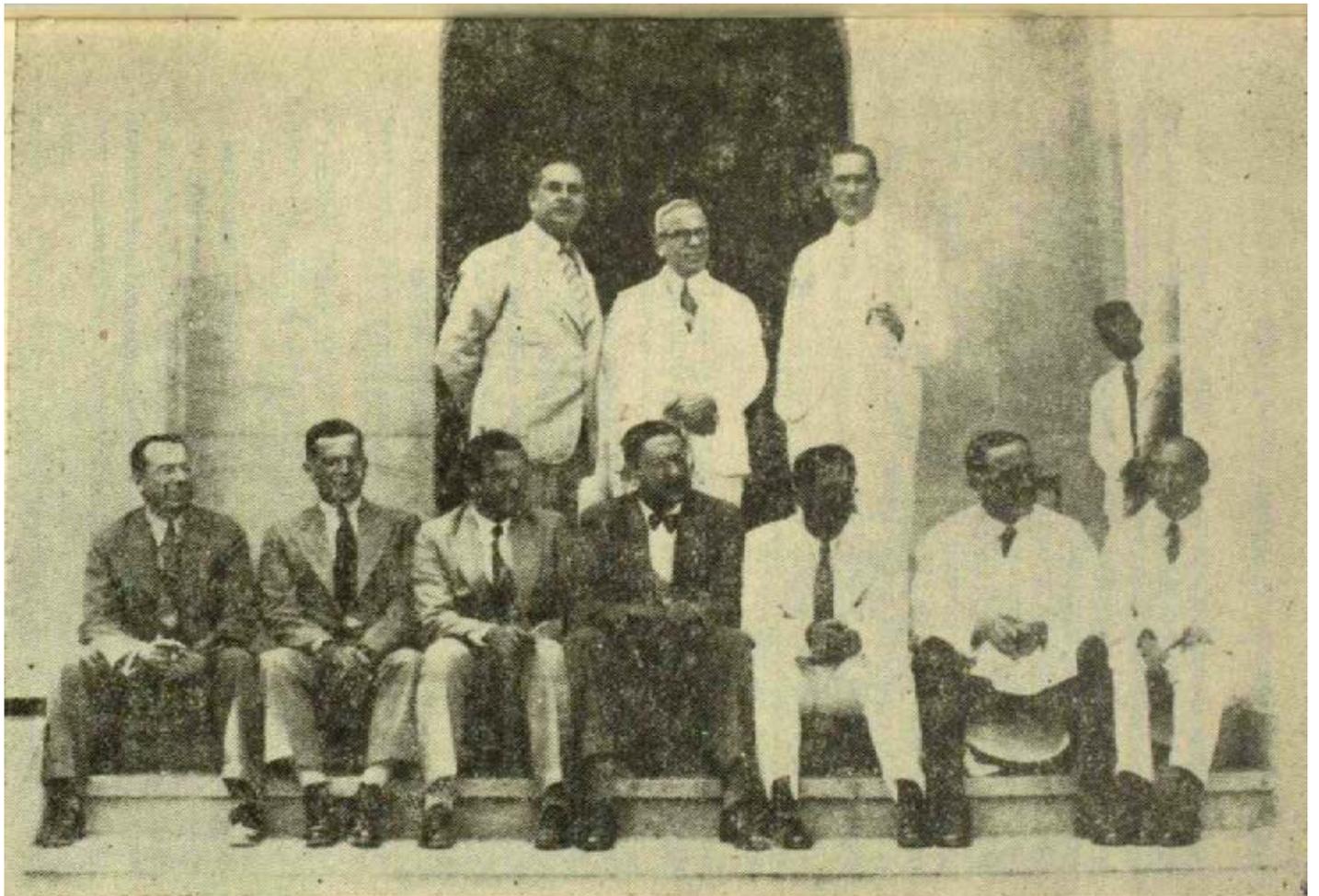
Al regresar, en 1920, de la beca de viaje de la Escuela Normal, vine urgentemente a Matanzas para hacerme cargo de una pequeña clínica que acababa de fundar Oscar Forest en el Paseo de Martí. Yo lo sustituí mientras duró su ausencia ocasionada por un viaje a los Estados Unidos.

Como todas las clínicas de aquella época, tenía un carácter eminentemente quirúrgico y obstétrico. Era infrecuente la reclusión para el tratamiento de enfermedades que no requirieran la intervención de la cirugía. La situación de la clínica era muy propicia para recibir a obreros que hubieran sufrido accidentes del trabajo. Estaba en el camino de una zona industrial de la ciudad.

Cuando mis actividades me lo permitían, visitaba la clínica del doctor Tamargo, donde tenían lugar interesantes tertulias entre los médicos visitantes y algunos clientes distinguidos a los cuales se les hacía pasar a un pequeño salón cercano al gabinete de consultas.

Eran componentes habituales de aquellas tertulias los doctores Miguel A. Beato, Adolfo Lecuona, Che Font, Federico Escoto y Toribio del Villar. La presencia de algún eclesiástico era bien recibida por el doctor Tamargo. Allí se abordaban todos los problemas divinos y humanos. Recuerdo una polémica que, por su altura, podía ser materia de un tercer grado. Se discutía si había diferencia entre el humo y el vapor. Un cura carmelita, que tomó con calor la controversia, se aferraba en que eran «una y la misma cosa».

Tamargo era un gran conversador y mejor oidor, pero pocas veces podía disfrutar de sus agradables tertulias pues era un hombre muy ocu-



Clínica del doctor Tamargo en Matanzas: de pie, de izquierda a derecha: doctores Miguel A. Beato, Juan F. Tamargo y Francisco de la Portilla. Sentados: Guillermo Caballero, Antonio J. Font, Manuel de J. Ponte, Mario E. Dihigo, Fernando Pagés y Nicanor Trelles.

pado. Además de ser dueño único de la clínica, era su director, administrador y médico de guardia, pues en un apartamento de los altos tenía instalada su residencia. Como propietario, atendía los intereses económicos del negocio; como director, tenía intercambios profesionales con los médicos de distintas especialidades que trabajaban en la clínica; y como administrador, tenía bajo su control directo todo el personal subalterno.

A propósito de esto me contaba Tamargo que, cuando tenía su clínica instalada en una casa de la calle de Zaragoza entre Medio y Río, donde, años después, estuvo instalada la Escuela Anexa a la Normal, ocurrió una crisis en la institución. Por desavenencias con un sirviente, lo declaró cesante y lo expulsó de modo violento. Otro, que salió en defensa del expulsado, recibió esta respuesta:

—¡Usted también se va!

Y el cocinero, que deseoso de saber lo que ocurría, asomó la cabeza por la puerta, fue recibido con esta frase:

—¡Y usted también!

Cuenta Tamargo que aquel día, además de atender a sus enfermos internados en la clínica, él y su fiel enfermera Elena tuvieron que cocinar y hacer la limpieza del local.

Cuando se hablaba de religión, decía siempre que era «católico, apostólico, romano, hombre de fe y convencido». Era médico de los colegios católicos y de los asilos y conventos de esa religión. En el salón de espera de su clínica había siempre varias monjas y varios curas que concurrían por sí mismos o como acompañantes de estudiantes de sus respectivos colegios.

Pero Tamargo no hacía nunca ostentación religiosa ni asistía a las misas que se efectuaban en horas tardías con gran pompa y concurrencia de fieles.

Tenía Tamargo ideas muy peculiares. No le gustaba mantener negocios con madrileños, con puertorriqueños ni con personas que tuvieran las orejas pegadas al cráneo.

Dominaba con gran facilidad sus emociones y pasaba de la cólera a la tranquilidad instantáneamente. A veces, estábamos conversando y ocurría algo que le obligaba a levantarse. Desde donde yo estaba, le oía hablar en alta voz y con gran irritación. Un momento después, retornaba con la cara roja y las venas del cuello ingurgitadas. Pronto recuperaba la calma y con voz serena me decía:

—¿Cómo decía usted, Dihigo?

Y yo, a quien un disgusto deja un largo período de recuperación, pensaba que si pudiera pasar así, tan rápidamente, de la tempestad a la calma, me daría el lujo de encolerizarme con más frecuencia.

Como utilizaba su automóvil para ir solamente al sanatorio de la Colonia Española, tenía un consumo de gasolina muy bajo. El precio del combustible era entonces de treinta y tres centavos por galón y un galón era suficiente para su recorrido diario. Por la mañana, cuando llegaba el chofer, le entregaba treinta y tres centavos para la compra de un galón de gasolina.

Estas y otras manías análogas, le dieron a Tamargo fama de tacaño. Sin embargo, conozco muchos casos de personas a las cuales graduó la vista gratuitamente y después les obsequió los espejuelos.

A mi entender, Tamargo no solamente no era tacaño, sino, todo lo contrario, muy generoso. Le vi, muchas veces, realizar obras de verdadera caridad cristiana.

Sé de más de un caso de amigos de Tamargo que fueron atendidos durante largo tiempo en su clínica, acompañados a veces de familiares, de un modo absolutamente desinteresado.

Hace muchos años ocurrió un hecho en la clínica que habría de tener honda repercusión en la vida de Tamargo. Nació un niño en condiciones tan especiales, que él decidió conservarlo a su lado como hijo propio. En la clínica se crió y siempre llamó a Tamargo papá. Del cariño que llegó a unirles tuve prueba cierto día en que, al llegar a la clínica, me enteré que Juanito acababa de sufrir un accidente automovilístico y que le habían traído seriamente lesionado. Yo presencié una escena que me impresionó vivamente. El hijo, un adolescente, clamaba dolorosamente por su padre y en la actitud de ese padre, siempre tan sereno, pude apreciar un gran desconcierto y un profundo dolor. Sin embargo, a pesar de sus relaciones de padre e hijo, nunca llegó a adoptarlo legalmente. Razones muy poderosas deben habérselo impedido.

Desde agosto de 1923 estuve en íntima relación con el doctor Tamargo. Me ofreció la plaza de radiólogo de su clínica y adquirió una instalación radiológica muy eficiente para la época. Le advertí que no tenía conocimientos especializados en esa materia, pero me respondió que podía estudiar y prepararme. Así lo hice. Pasé una temporada en La Habana con mi compañero de curso y excelente amigo el doctor Pedro Fariñas, la máxima autoridad radiológica de Cuba, y con él visitaba

en las mañanas el gabinete del Centro de Dependientes, que estaba a su cargo. La tarde la pasaba en su consulta privada.

Mis próximas vacaciones las pasé en Chicago, donde tomé un curso de técnica radiológica en los laboratorios de la *General Electric* y un curso privado de interpretación radiológica con el profesor Beylin, del *Augustana Hospital*.

En la época terrible del 30, decidí cerrar mi consulta por improductiva y pedí al doctor Tamargo que me permitiera guardar mis muebles en el sótano de la clínica, en espera de tiempos mejores. No lo consintió. Me cedió un departamento donde pude atender a mis clientes, sin necesidad de incurrir en gastos de alquiler y de personal auxiliar y de limpieza. Traté, cuanto pude, de corresponder a su generosidad con mi colaboración y asistencia en la clínica, auxiliándolo en sus operaciones, administrando las anestесias, especialmente cuando realizaba las amigdalectomías en niños, utilizando anestesia general. Llegué a adquirir cierta habilidad en esa labor en que es preciso que exista una coordinación entre el cirujano y el anestesista. En ausencia del doctor Tamargo, atendía los casos de urgencia que llegaban a la clínica, especialmente accidentes del trabajo.

En cuanto se refiere a las relaciones humanas, creo que debía llevarse mentalmente una contabilidad como la que se emplea en los negocios. A veces recibimos de una persona numerosos favores y atenciones. En una posterior oportunidad, esa misma persona, por cualquier causa, no nos sirve. ¿Debemos retirarles nuestra estimación y nuestro agradecimiento, teniendo solamente en cuenta la vez que nos falló? ¿No sería más justo realizar un balance teniendo en cuenta la calidad y el número de los favores que hemos recibido?

Para contrarrestar mis numerosos defectos, creo poseer una virtud, el agradecimiento. Por eso, en todo momento me consideré deudor del doctor Tamargo, en el balance mental de nuestras relaciones.

En 1937 decidí instalar mi propio gabinete radiológico y ocupé, en unión del dentista José Manuel García la casa de la calle de Byrne No. 98 V->. Ofrecí al doctor Tamargo que continuaría atendiendo su gabinete en la clínica mientras él lo deseara. Así lo hice hasta que se efectuó la venta de la clínica a un grupo de compañeros que fundaron el «Centro Médico».

Cansado y delicado de salud, intentó muchas veces vender la clínica. Nos la propuso a los que compartíamos con él las labores en el sanatorio

de la Colonia Española y en la Sociedad Monserrate: los doctores Beato, Font, Ponte y yo.

Cuando discutíamos las condiciones de la venta, se me ocurrió preguntar al doctor Tamargo dos datos que consideré de interés fundamental: ¿Qué ingresos tenía la clínica? ¿Cuáles eran sus gastos?

Se negó rotundamente a informarnos estos particulares y me contestó:

—Eso a usted no le interesa. Ustedes no gastarán lo que gasto yo, ni tendrán los ingresos que tengo yo.

Fue inútil que le explicara que no era mi propósito examinar los libros de la clínica sino, solamente, conocer de modo aproximado el montante de los ingresos y de los egresos.

Se rompieron las negociaciones y, por algún tiempo, nuestras relaciones estuvieron muy frías.

Al fin la clínica se vendió al grupo de médicos que, con un coraje extraordinario fundó el Centro Médico y construyó el magnífico edificio en que hoy se encuentra el Hospital Infantil.

En la historia médica de Matanzas ese grupo de profesionales constituyó un caso muy interesante. No les califiqué de mejores o peores que los restantes médicos de la ciudad, pero adoptaron siempre una actitud muy peculiar. Mantenían relaciones profesionales solamente entre ellos. En una palabra, formaron un verdadero quiste dentro del cuerpo médico local. Era extraordinariamente difícil, si no imposible, lograr su cooperación en los actos que la Sociedad de Medicina y Cirugía organizaba entre sus miembros o en los intercambios científicos con otras provincias.

Al vender la clínica, el doctor Tamargo estrechó sus relaciones con los nuevos dueños. Cuando sufrió un infarto cardíaco, fue atendido profesionalmente por ellos. La gravedad de su caso aconsejó su aislamiento, y sus compañeros que estuvimos a su lado durante más de treinta años, no tuvimos acceso a su lecho de enfermo. Murió entre nuevos amigos.

Muchos años, y bastante íntimamente, traté al doctor Juan F. Tamargo. Sin embargo, su actitud ante algunos hechos y aun ante las circunstancias que rodearon su muerte, constituyen para mí una incógnita que nunca llegaré a descifrar.